

Cela y Gabriel Celaya, el mismo Federico Muelas o los maestros E. Chicharro y Juan Alcaide. Buscan la libertad expresiva sin olvidarse de los cánones en la medida que precisan de ellos para dotar a su poesía de un aliento humano que reinvente la realidad y sea fiel espejo de las expectativas existenciales e históricas (8).

De todos estos intentos sinceros y renovadores se hace eco Deucalión a lo largo de sus once números. Cada poeta está representado con su propia voz, aunque entre los más jóvenes se observen ciertas vacilaciones e influencias de los más experimentados. Inconfundibles son los poemas de Miguel Labordeta (nº 2,3 y 5), autor de tres libros ya publicados, donde se conjugan expresionismo y surrealismo, preocupación existencial y social, desautomatización lingüística y los viejos temas del dolor humano. Lo mismo cabe decir de Juan Alcaide, de quien se publica a título póstumo (nº. 9) unos fragmentos de su libro inédito La octava palabra. Sin adujar de su léxico manchego y viril, tan personal, injerta en él otro más vanguardista, lindante con el estilo y la imagen de los ismos de los años veinte:

Corre, vuela, hijo mío.
Pero lleva unos bonos de prudencia.
Parece la existencia un desvarío;
parece, mas no es eso la existencia.

Comprende. Goza. Sufre.
Y azúfrate tu vino cotidiano.
Tu Mina de Virtud te dé su azufre.
La existencia es de Dios..., ¡y está en tu mano!

Es, sin embargo, Gabriel Celaya quien centra la atención del grupo, cuyo estilo, iniciado en Tranquilamente hablando (1947) y aquilatado en sus libros siguientes: Las cosas son como son (1949), Las cartas boca arriba (1950) y Lo demás es silencio (1952), es tomado como modelo y paradigma (9). El coloquialismo, la exaltación de lo primario, la exultación vitalista del protagonismo concedido a los afanes cotidianos, son vistos como una aportación necesaria y sin igual a la poesía que se hace en esos momentos en España. G. Celaya, que procedía del surrealismo y traduce a Paul Eluard (nº. 10) no faltará en ninguna de las revistas del grupo y publicará libros en sus colecciones, haciéndose acreedor a su amistad y admiración como ningún otro de los poetas de anteriores generaciones. Publica cinco composiciones originales en la revista: dos fragmentos de La buena nueva (nº. 2) y Lo demás es silencio (nº. 5), el poema amoroso "Tenerte" (nº. 6) y dos de los que luego compondrían su libro Paz y concierto, (nº. 4 de la colección El Pájaro de Paja) 1953: "Buenos días" (nº. 8) y "La noche" (nº. 10), largo poema este de diez estrofas de doce versos cada una. Es aquel, sin embargo, el más destacable, además de conocido, por lo revelador de un estilo que ha dejado huella. Su inicio:

Son las diez de la mañana.
He desayunado con jugo de naranja,
me ha vestido de blanco
y me he ido a pasear y a no hacer nada,
hablando por hablar,
pensando sin pensar, feliz, salvado.

Y su estrofa final es suficientemente clarificadora de una actitud poética, solidaria y comprometida, de la que habría de ser bandera: